

# LOS VIAJANTES

ENTIENDO muy bien, que alguien entre los poetas. Concha de Marco, haya completado un estimable libro de versos bajo el título de «Diario de la mañana» configurándolo desde el supuesto artículo de fondo hasta el anuncio por palabras. De la mañana o de la tarde, el periódico compensa la desventura -si es desventura- de su existencia breve con la fuerza de la verdadera vida. Y traducir la vida, el mundo, a poesía, pudiera ser sencillamente el quehacer del poeta, dicho sea como uno de tantos balbuceos para hablar de lo inefable.

Pero, aun sin ambición de levantar las alas, como llano lector, malamente sabría uno substraerse al alud de sugerencias que nos vuelcan las hojas impresas. El otro día, sin ir más lejos, me detenía (con el conveniente respeto) en la audiencia civil de El Pardo. La presencia de nuestra tinerfeña «Miss Europa» -alrededor del 21 de marzo- debió ser una especie de consagración de la primavera en la severidad de las altas estancias. Luego fueron introducidos -o poco antes, esto no importa- los viajantes de comercio.

Recuerdo mucho a los viajantes de mi infancia y, ahora que lo pienso, no veo razonable aquel sentimiento de ternura, que yo les guardaba como si ellos fuesen los seres más desvalidos del mundo. Podían venir bien trajeados tenidos y mantenidos a cuerpo de rey en el Hotel Comercio o en la Condesa, viajeros con kilométrico de primera clase; pero yo esperaba con el alma en vilo que soltasen los correajes de sus abultadas maletas y una gran tristeza me sobrecogía si mi padre sentenciaba que aquello no venía en precio, o que había crisis -toda mi vida oí decir que había crisis- o que en la tienda teníamos de todo, «fíjese usted mismo en las estanterías». Entonces el vendedor insistía tenazmente o comprendía o rogaba -«cualquier menudencia, lo justo para sacar el lapicero»- o se despedía con fría dignidad; cada cual según su carácter. Si definitivamente no habla nota sentía yo una dolorosa frustración. Quizá pasaba simplemente que mi naturaleza era de niño «que llora en las películas», al decir y confesar de José Cruset -otra vez las sugerencias del periódico- en un reciente artículo donde hay no menos vida que literatura.

Yo no sé si se ha reparado bien en lo que tienen de símbolo los viajantes. Vuelvo a los recuerdos adolescentes para recordar aquel día extraño en que de repente se eclipsaron todos como tragados por una sima misteriosa y enorme, una ausencia que iba a coincidir con el tiempo ruin del pelear entre hermanos, y de la escasez. Pero si su desaparición fue súbita, lento y penoso habría de conocerse su retorno. También lo

recuerdo, o todavía más. El primero fue un señor maduro y socarrón, baqueteado en todas las fondas y en todos los trenes de España. Se excusó aunque nadie la había hecho reproche, de traer sellos de caucho con jaculatorias patrióticas y hojas de afeitar en lugar de lo suyo auténtico, que eran cubos galvanizados de Bilbao. Lo de las hojas de afeitar lo consideraba él impropio de un hombre con toda la barba, y nunca he llegado a comprender que precisamente ese artículo pudiera parecerle a nadie materia de poca virilidad.

El «marketing» ha, cambiado el viaje comercial. En bastantes casos lo hacen trabajadores fijos, escogidos por lo que ahora se llama agresividad, jóvenes, formados a imagen y semejanza de la empresa, empleados en nómina como el administrativo o el almacenero. Además, las casas suelen dividirse en regiones que en ejemplos importantes empiezan a llamarse áreas -el comercio tiende mucho a la hipérbole- y familiarmente, en el cuchicheo interior, virreinos. Así es posible, con el auxilio indispensable del coche, que el agente recorra su terreno de lunes a viernes sin el riesgo de encontrar con bigote al hilo que se ha dejado imberbe.

Yo, sin desdeñar a éstos, de quien quería hablar es de los otros, los que hacen la guerra por su cuenta, aunque la ley los haya amparado como trabajadores por cuenta ajena. Hay en España muchos miles de estos representantes de comercio. También ellos se mueven en coche propio y sus periplos, son más breves y razonables que cuando salían de casa -catalanes, casi siempre- a hacer «la ruta», tres o cuatro meses antes de regresar como quien vuelve de las Américas. Pero son aquellos mismos viajeros de mi primera memoria, siempre a punto la foto de la esposa, «mi señora» y los hijos por orden de estatura «que ya andan en los jaleos de la universidad». Sobre todo porque, ricos o pobres, poderosos o modestos, con privilegiadas representaciones o comisionistas de ínfimo muestrario, comen y viven estrictamente de lo que venden. Si se curioseara en su libro de pedido podrían verse al dorso inútil de la última copia las cuentas de cada operación conseguida, calculada en la tregua del bar o del hotel. Es la alegría de la cosecha. Pero también -hasta hace muy poco- era un gozo desprovisto de cualquier seguridad futura, como no fuera la imperfecta del ahorro Individual.

Y esta es la cuestión. De ahora en adelante, cuando los viajeros dejen de vender no tendrán que apretarnos el corazón con su posible desamparo tan dramáticamente contado en la obra de Arthur Miller. Serán jubilados, como cualquier otro trabajador. Yo espero que nuevas generaciones seguirán viniendo a sustituirles, y me alegro mucho al desearlo, porque cuando los viajeros dejan de hacer la ruta, ya se sabe, algo malo pasa por el mundo.

**Antonio PEREIRA**